

# Personajes desesperados

PAULA FOX

PRÓLOGO DE JONATHAN FRANZEN

TRADUCCIÓN DE ROSA PÉREZ PÉREZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Titulo original  
*Desperate Characters*

Copyright © PAULA FOX, 1970.  
Publicado por acuerdo con INTERNATIONAL EDITORS' Co.  
Copyright del prólogo © JONATHAN FRANZEN, 1999

Primera edición: 2020

Traducción  
© ROSA PÉREZ PÉREZ

Imagen de portada  
*A Distant Wave*, ANNE MAGILL, 2006

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2020  
América 109,  
Parque San Andrés, Coyoacán  
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España.

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación  
GRAFIME

Impresión  
COFÁS

ISBN: 978-84-17517-67-0  
Depósito legal: M-38404-2019

Impreso en España

PRÓLOGO. «NO SE ACABA NUNCA».  
RELEER *PERSONAJES DESESPERADOS*

En una primera lectura, *Personajes desesperados* es una novela de suspense. Sophie Bentwood, una mujer de cuarenta años que vive en Brooklyn, es mordida por un gato callejero al que ha dado leche y, durante los siguientes tres días, se pregunta qué va a acarrearle el mordisco: ¿morir de rabia?, ¿inyecciones en la barriga?, ¿nada en absoluto? El motor del libro es el hondo pavor contenido de Sophie. Al igual que en las novelas de suspense más convencionales, están en juego la vida y la muerte y, quizá, el destino del mundo libre. Sophie y su marido, Otto, encabezan la tendencia de las clases pudientes a ocupar zonas urbanas deprimidas a finales de los años sesenta, cuando la civilización de Nueva York, la gran ciudad líder del mundo libre, parece estar derrumbándose bajo un aluvión de basura, vómitos y excrementos, vandalismo, engaños y odio de clase. El viejo amigo y socio de Otto, Charlie Russel, deja el bufete de abogados y ataca despiadadamente a Otto por su conservadurismo. Otto se lamenta de que la descuidada cocina de una familia de campo le dice «una sola cosa»; dice: «Muérete» y, sin duda, ése parece ser el mensaje que recibe de casi todo su mundo cambiante. Sophie, por su parte, fluctúa entre el terror y un extraño deseo de que le hagan daño. Le aterra el dolor que no está segura de no merecer. Se aferra a un mundo de privilegios aun cuando la asfixia.

Por el camino, página a página, están los placeres de la prosa de Paula Fox. Sus frases son pequeños milagros de comprensión y especificidad, diminutas novelas por sí solas. Éste es el momento en el que el gato muerde a Sophie:

Sophie sonrió, preguntándose con qué frecuencia, o si alguna vez, lo habían acariciado, y seguía sonriendo cuando el gato se puso a dos patas, y también cuando sacó las uñas y la atacó, hasta el mismo instante en que le hincó los dientes en el dorso de la mano izquierda y estiró con tanta fuerza que ella casi se cayó hacia delante, atónita y horrorizada, pero lo bastante consciente de la presencia de Otto como para contener el grito que le surgió en la garganta cuando intentó sacar la mano de ese círculo de alambre de espino.

Imaginando un momento dramático como una serie de gestos físicos —prestando mucha atención—, Fox deja espacio para todos los aspectos de la complejidad de Sophie: su generosidad, su autoengaño, su vulnerabilidad y, por encima de todo, su conciencia de persona casada. *Personajes desesperados* es una novela poco común que hace justicia a las dos caras del matrimonio, el amor y el odio, ella y él. Otto es un hombre que ama a su esposa. Sophie es una mujer que se bebe un chupito de whisky de un trago un lunes a las seis de la mañana y abre el grifo para limpiar el fregadero «haciendo ruiditos con la boca como si fuera una niña con asco». Otto es lo bastante malvado para decir: «Mucha suerte, tío» cuando Charlie se marcha del bufete; Sophie es lo bastante malvada para preguntarle, más adelante, por qué lo ha dicho; Otto se mortifica cuando ella lo hace; Sophie se mortifica por haberlo mortificado.

La primera vez que leí *Personajes desesperados* en 1991, me enamoré de la novela. Me pareció claramente superior a cualquier novela de los contemporáneos de Fox, como John Updike, Philip Roth y Saul Bellow. La encontré de una genialidad irrefutable. Y como había reconocido mi propio matrimonio con problemas en el de los Bentwood, y como me había parecido que la novela sugería que el miedo al dolor es más destructivo que el propio dolor, y como deseaba con todas mis fuerzas creerlo, la releí casi de inmediato. Esperaba que el libro, en una segunda lectura, me dijera, de hecho, cómo vivir.

No hizo tal cosa. En cambio, se volvió más misterioso, menos una lección y más una experiencia. Empezaron a surgir densidades metafóricas y temáticas antes invisibles. Mis ojos se posaron, por ejemplo, en una frase que describe la llegada del alba a un salón: «Los objetos, cuyas siluetas empezaban a concretarse a la luz creciente del amanecer, encerraban una vaga amenaza totémica». A la luz creciente de mi segunda lectura, vi cómo todos los objetos del libro empezaban a concretarse de ese modo. Los higadillos de pollo, por ejemplo, se presentan en el primer párrafo como una exquisitez y como pieza central de una cena refinada: como la esencia de la civilización del Viejo Mundo. («Se cogen materias primas y se transforman —observa el izquierdista Leon mucho más adelante en la novela—. Eso es la civilización»). Un día después, cuando el gato ha mordido a Sophie, y Otto y ella han empezado a defenderse, los higadillos que han sobrado se convierten en cebo para la captura y muerte de un animal salvaje. La carne cocinada continúa siendo la esencia de la civilización; ¡pero cuánto más violenta parece ahora esa civilización! O sigamos la comida en otra dirección;

veamos a Sophie, alterada, un sábado por la mañana, intentando levantarse el ánimo gastando dinero en un utensilio de cocina. Va al Bazaar Provençal con intención de comprarse una sartén para hacer tortillas, un accesorio para un «vago sueño hogareño» de comodidades y refinamiento francés. La escena termina cuando la vendedora alza las manos «como si quisiera protegerse de una bruja» y Sophie sale huyendo con una compra que simboliza su desesperación hasta un punto casi cómico: un reloj de arena para huevos pasados por agua.

Aunque a Sophie le sangra la mano en esta escena, su impulso es negarlo. La tercera vez que leí *Personajes desesperados* —la había escogido como lectura obligatoria de una clase de ficción que impartía— empecé a prestar más atención a estas negaciones. Sophie va haciéndolas de manera casi ininterrumpida a lo largo de todo el libro: *Está bien. Oh, no es nada. Oh, bueno, no es nada. No sigas. ¡EL GATO NO ESTABA ENFERMO! ¡Es un mordisco, sólo un mordisco! No pienso ir corriendo a un hospital por algo tan tonto como esto. No es nada. Está mucho mejor. No tiene importancia.* Estas negaciones reiteradas reflejan la estructura que sustenta la novela: Sophie huye de un posible refugio a otro, y ninguno de ellos logra protegerla. Acude a una fiesta con Otto, se escabulle con Charlie una noche, se compra un regalo, busca consuelo en viejos amigos, telefonea a la mujer de Charlie, prueba a llamar a su antiguo amante, accede a ir al hospital, captura al gato, se mete en la cama, intenta leer una novela francesa, huye a su estimada casa en el campo, piensa en irse a vivir a otro sitio, se plantea adoptar hijos, destruye una vieja amistad: nada la alivia. Su última esperanza es escribir a su madre para hablarle del incidente del gato, tocar «la tecla exacta

calculada para provocar el desprecio y las risas de la anciana»: en otras palabras, transformar su sufrimiento en arte. Pero Otto arroja su tintero contra la pared.

¿De qué huye Sophie? La cuarta vez que leí *Personajes desesperados* esperaba obtener una respuesta. Quería dilucidar, por fin, si es un hecho feliz o terrible que la vida de los Bentwood se destape en la última página del libro. Quería «captar» la última escena. Pero no lo hice. Me consolé con la idea de que la buena ficción se define, en gran medida, por su negativa a ofrecer las respuestas fáciles de la ideología, los remedios de una cultura terapéutica o los sueños con final feliz de los espectáculos de masas. Quizá, el foco de *Personajes desesperados* no estuviera tanto en las respuestas como en la persistencia de las preguntas. Me sorprendió el parecido entre Sophie y Hamlet: otro personaje con una tendencia malsana a la introspección que recibe un mensaje turbador y ambiguo, sufre una tortura mientras intenta decidir qué significa, y por último se pone en manos de una «divinidad» providencial y acepta su destino. En el caso de Sophie Bentwood, el mensaje ambiguo no proviene de un espectro sino del mordisco de un gato, y su sufrimiento no se debe tanto a la incertidumbre como a su renuencia a afrontar la verdad. Cerca del final, cuando se dirige a una divinidad y dice: «Dios mío, si tengo la rabia soy como lo que hay afuera», no se produce un momento de revelación. Es un momento de alivio.

Un libro que ha estado descatalogado incluso por poco tiempo puede poner a prueba la pasión del lector más fiel. Al igual que un hombre podría lamentar

determinados gestos de timidez de su mujer que ensombrecen su belleza, o una mujer podría desear que su marido se riera menos alto de sus propios chistes, aunque los chistes sean muy graciosos, yo he sufrido por las pequeñas imperfecciones que pueden predisponer a los posibles lectores contra *Personajes desesperados*. Estoy pensando en la rigidez e impersonalidad del párrafo que da comienzo al libro, en la austeridad de la primera frase, en la palabra «viandas», tan chirriante. Como amante de este libro, ahora entiendo cómo la formalidad y estatismo de este párrafo preludian la lacónica línea de diálogo que sigue («El gato ha vuelto»), pero ¿y si el lector no pasa de la palabra «viandas»? También me pregunto si el nombre «Otto Bentwood» puede ser difícil de digerir en una primera lectura. Por lo general, Fox trabaja a fondo los nombres de sus personajes: el apellido «Russel», por ejemplo, refleja logradamente la energía inquieta y furtiva de Charlie (Otto sospecha que le está «robando»\* clientes) y, de la misma manera que a la personalidad de Charlie sin duda le falta algo, a su apellido le falta la segunda «l». Admiro cómo el nombre anticuado y vagamente teutónico «Otto» pesa sobre Otto, al igual que lo hace su obsesivo sentido del orden; pero «Bentwood»,\*\* incluso después de muchas lecturas, continúa resultándome un poco artificial en su evocación de la imagen de un bonsái. Y, además, está el título del libro. Es acertado, sin duda, pero no puede compararse con *El día de la langosta*, *El gran Gatsby* o *¡Absalón, Absalón!*. Es un título que la gente puede olvidar o

\* «Rustle» en inglés significa «robar ganado» y se pronuncia como el apellido, Russel. [N. de la T.]

\*\* «Bentwood» en inglés significa «madera curvada». [N. de la T.]



confundir con otros títulos. A veces, cuando pienso en que ojalá tuviera más garra, siento la extraña soledad de una persona hondamente casada.

Con el paso de los años, he seguido hojeando *Personajes desesperados*, buscando consuelo o sosiego en pasajes de familiar belleza. No obstante, ahora que estoy relejendo el libro en su totalidad, me asombra cuánto hay en él que continúa resultándome nuevo y desconocido. Nunca había prestado atención, por ejemplo, a la anécdota de Otto, hacia el final del libro, sobre Cynthia Kornfeld y su marido, el artista anarquista. Nunca me había fijado en cómo el postre de gelatina con monedas de Cynthia Kornfeld se burla del modo en que los Bentwood identifican comida, privilegios y civilización, ni en cómo la noción de las máquinas de escribir transformadas para escupir disparates prelude la imagen que pone fin a la novela, ni tampoco en cómo insiste la anécdota en que *Personajes desesperados* se lea en el contexto de un clima artístico contemporáneo cuyo objetivo es la destrucción del orden y el significado. Y Charlie Russel: ¿lo había visto de verdad hasta ahora? En mis anteriores lecturas, siempre era una especie de villano típico, un chaquetero, un hombre infame. Ahora me parece casi tan importante para la historia como el gato. Es el único amigo de Otto; su llamada telefónica precipita la crisis del final; él aporta la cita de Thoreau que da título a la obra; y él pronuncia un veredicto sobre los Bentwood —«La gente como tú [Sophie], testaruda, estúpida y esclavizada por la introspección mientras los cimientos de sus privilegios saltan por los aires delante de sus narices»— tan acertado que resulta inquietante.

No obstante, a estas alturas, ni tan siquiera estoy seguro de querer descubrir nada más. De la misma manera

que Sophie y Otto sufren por tener un conocimiento mutuo demasiado íntimo, yo sufro ahora por tener un conocimiento demasiado íntimo de *Personajes desesperados*. Mis subrayados y acotaciones se me están escapando de las manos. En mi última lectura, estoy encontrando y señalando como clave y fundamental una cantidad enorme de imágenes referidas al orden y el caos, y a la infancia y la adultez. Como el libro no es largo, y como ya lo he leído media docena de veces, ya vislumbro el momento en el que señalaré todas las frases como claves y fundamentales. Por supuesto, esta extraordinaria riqueza es testimonio del talento de Paula Fox. Apenas se encuentra en el libro una sola palabra que sea superflua o arbitraria. Un rigor y una densidad temática de tal magnitud no ocurren por casualidad y, no obstante, es casi imposible que un escritor los logre a la vez que se relaja lo suficiente para permitir que los personajes cobren vida; pero aquí está la novela, elevándose por encima de todas las otras obras de ficción realista estadounidense desde la Segunda Guerra Mundial.

No obstante, la paradoja de esta riqueza reside en que, cuanto mejor comprendo la importancia de cada frase por separado, menos capaz soy de formular a qué gran significado global podrían estar contribuyendo todos estos significados locales. Hay, por último, una especie de horror a un exceso de significado. No se diferencia mucho, como Melville insinúa en «La blancura de la ballena» de *Moby Dick*, de una ausencia total de significado. Seguir, descifrar y organizar el significado de la vida puede abrumar hasta el punto de impedir vivirla y, en *Personajes desesperados*, el lector no es el único abrumado. Los propios Bentwood son criaturas profundamente cultas y

modernas. Su maldición reside en estar demasiado bien preparados para interpretarse como textos literarios, plagados de significados solapados. En el transcurso de un fin de semana de finales de invierno, se van sintiendo cada vez más agobiados y por último abrumados por cómo las palabras más superficiales y los incidentes más nimios les parecen «presagios». El enorme suspense que crea el libro no sólo es fruto del terror de Sophie en ese momento, ni de cómo Fox va cerrando, paso a paso, todas las posibles vías de escape, ni tampoco de su identificación entre una crisis en una relación conyugal, una crisis en una relación de trabajo y una crisis en la vida urbana estadounidense. Más que ninguna otra cosa, es el lento coronamiento de una arrolladora ola de significado literario. Sophie recurre consciente y explícitamente a la enfermedad de la rabia como una metáfora de su crisis emocional y política e, incluso cuando Otto se derrumba y se lamenta de lo desesperado que está, no puede evitar «citar» (en el sentido posmoderno del término) su anterior conversación con Sophie sobre Thoreau, invocando de ese modo todos los otros temas y diálogos que han ido hilándose a lo largo del fin de semana, en concreto, el enfado de Charlie por el tema de la «desesperación». Por malo que sea estar desesperado, aún es peor estarlo y ser además consciente de los importantísimos dilemas sobre el orden público, los privilegios y la interpretación thoreauviana que entraña tu propia desesperación, y sentir que derrumbándote estás demostrando que todo un país de Charlies Russel tiene razón. Cuando Sophie anuncia su deseo de tener la rabia, al igual que cuando Otto arroja el tintero, ambos parecen estar rebelándose contra un sentido insostenible, casi insano, de la «importancia» de sus propias

palabras y pensamientos. No es de extrañar que los últimos actos del libro trascurren sin palabras: que Sophie y Otto hayan «dejado de escuchar» las palabras que brotan del teléfono, y que lo que hay escrito en tinta en la pared cuando ellos se vuelven despacio para leerlo sea un violento manchón sin palabras. En cuanto Fox alcanza un éxito rotundo en hallar orden en los chascos de un fin de semana de finales de invierno, con el gesto perfecto, rechaza ese orden.

*Personajes desesperados* es una novela que se rebela contra su propia perfección. Las preguntas que plantea son radicales y desagradables. ¿De qué sirve el significado —sobre todo el literario— en el rabioso mundo moderno? ¿Por qué molestarse en crear y mantener el orden si la civilización es tan brutal como la anarquía a la que se opone? ¿Por qué no estar rabiosos? ¿Por qué atormentarnos con libros? Al releer la novela por sexta o séptima vez, siento una ira y frustración cada vez mayores ante sus misterios, ante las paradojas de la civilización y ante la ineptitud de mi propio cerebro y, entonces, como si me cayera del cielo, «capto» el final —siento lo que Otto Bentwood siente cuando estampa el tintero contra la pared— y, de golpe, vuelvo otra vez a enamorarme.

JONATHAN FRANZEN

Enero de 1999

## UNO

El señor Otto Bentwood y su mujer retiraron las sillas a la vez. Al sentarse, Otto contempló la cesta de paja donde había rebanadas de pan francés, una cazuela de barro llena de higadillos de pollo salteados, tomates pelados y cortados en rodajas en una bandeja ovalada de porcelana que Sophie había encontrado en una tienda de antigüedades de Brooklyn Heights, y *risotto* a la milanesa en un cuenco verde de cerámica. Una luz fuerte, un tanto atenuada por la pantalla de una lámpara de cristal de Tiffany, bañaba esas viandas. A poca distancia de la mesa del comedor, un manchón blanco y alargado, el reflejo del tubo fluorescente colocado sobre el fregadero de acero inoxidable, se extendía por el suelo delante de la entrada a la cocina. Las viejas puertas correderas que antes separaban las dos piezas de la primera planta se habían retirado hacía tiempo, de manera que, con sólo volverse un poco, los Bentwood alcanzaban a ver todo el salón, donde, a esa hora, siempre había encendida una lámpara de pie con la tulipa en forma de media esfera blanca, y podían, si querían, contemplar el viejo suelo de madera de cedro, una librería donde había, entre otros volúmenes, las obras completas de Goethe y dos estantes de poetas franceses, y el reluciente canto de un secreter victoriano.

Otto desplegó despacio una gran servilleta de lino.

—El gato ha vuelto —dijo Sophie.

—¿Te sorprende? —preguntó él—. ¿Qué esperabas?

Sophie miró la puerta de cristal que había detrás de Otto. Daba a un pequeño porche de madera, suspendido sobre el jardín trasero como un nido de cuervos. El gato estaba restregando su cuerpo sucio y escuálido contra la base de la puerta con suave insistencia. Su pelaje gris, del gris de los hongos arbóreos, era ligeramente atigrado. Tenía la cabeza inmensa, como una calabaza, con carrillos prominentes, impúdica, grotesca.

—No lo mires —dijo Otto—. No tendrías que haberle dado de comer.

—Supongo.

—Tendremos que llamar a la protectora.

—Pobrecillo.

—Se las arregla muy bien solo. Todos esos gatos lo hacen.

—Puede que su supervivencia dependa de gente como yo.

—Estos higadillos están muy ricos —observó él—. No veo qué importancia tiene que sobrevivan o no.

El gato se restregó contra la puerta.

—Ignóralo —dijo Otto—. ¿Quieres que todos los gatos callejeros de Brooklyn vengan a pedir comida a nuestro porche? ¡Piensa en cómo dejan el jardín! El otro día vi a uno cazar un pájaro. No son gatitos, ¿sabes? Son fieras.

—¡Fíjate en cuánto dura ahora la luz!

—Los días se están alargando. Espero que esta gente no empiece a tocar sus dichosos bongos. A lo mejor llueve, como la primavera pasada.

—¿Querrás café?

—Té. La lluvia los obliga a quedarse en casa.

—¡La lluvia no está de tu lado, Otto!

Él sonrió.

—Sí que lo está.

Sophie no le sonrió. Cuando fue a la cocina, Otto enseguida se volvió hacia la puerta. El gato, en ese momento, embistió el cristal con la cabeza.

—¡Qué feo eres, cabrón! —murmuró Otto.

El gato lo miró un momento y luego apartó los ojos. La casa tenía una honda solidez para Otto, que él sentía como una mano firme colocada en la rabadilla. Al otro lado del jardín, más allá de los inquietos movimientos del gato, veía las ventanas traseras de las casas de la gente pobre. Algunas estaban tapadas con trapos claveteados, otras con plástico transparente. Del alféizar de una de ellas colgaba una manta azul. Tenía un largo rasgón en el centro por el que Otto veía los desvaídos ladrillos rosas de la pared. El extremo deshilachado rozaba el dintel de una puerta que, justo cuando Otto iba a apartar la mirada, se abrió. Una gruesa anciana en bata salió al jardín y vació en el suelo el contenido de un saco de papel. Se quedó mirando la basura un momento y después volvió a entrar en casa arrastrando los pies. Sophie regresó con las tazas y los platos.

—Me he encontrado con Bullin en la calle —dijo Otto—. Me ha dicho que han vendido otras dos casas de ahí. —Señaló las ventanas traseras con la mano. Por el rabillo del ojo, vio saltar al gato, como si él le hubiera ofrecido algo de comer.

—¿Qué pasa con las personas que viven en ellas cuando las compran? ¿Adónde van? Siempre me hago esa pregunta.

—No lo sé. Hay demasiada gente en todas partes.

—¿Quién ha comprado las casas?

—Un valiente pionero de Wall Street. Y la otra, creo, un pintor que fue desalojado de su *loft* en el Lower Broadway.

—No hace falta valentía, sino dinero al contado.

—El arroz está delicioso, Sophie.

—¡Mira! Se ha acurrucado en ese saliente. ¿Cómo es posible que quepa en un espacio tan pequeño?

—Son como serpientes.

—Otto, sólo voy a darle un poco de leche. Sé que no debería haberle dado de comer. Pero ahora está aquí. En junio vamos a irnos a Flynders. Para cuando volvamos, ya habrá encontrado a otra persona.

—¿Por qué te empeñas? Lo haces por capricho. ¡Mira! A ti te da igual siempre que no tengas que ver al gato medio muerto de hambre. Esa dichosa mujer acaba de tirar la basura ahí mismo. ¿Por qué no va el gato a comérsela?

—Me da igual por qué lo hago —dijo Sophie—. El caso es que lo veo medio muerto de hambre.

—¿A qué hora tenemos que estar en casa de los Holstein?

—Hacia las nueve —respondió ella, camino de la puerta con un platillo de leche. Cogió una llavecita del dintel y la insertó en la cerradura. Luego, giró el picaporte de latón.

El gato maulló de inmediato y empezó a beberse la leche a lengüetazos. De las otras casas le llegó el débil tintineo de platos y cazuelas, el rumor de televisores y radios, pero los ruidos eran tan diversos que le costaba reconocerlos por separado.

El gato tenía la inmensa cabeza sobre el pequeño platillo de porcelana de Meissen. Sophie se agachó y le acarició el lomo, que se estremeció bajo sus dedos.

—¡Entra y cierra la puerta! —protestó Otto—. Se está enfriando la casa.



De repente, el quejumbroso gañido de un perro se abrió paso entre el murmullo reinante.

—¡Santo Dios! —exclamó Otto—. ¿Qué le están haciendo a ese animal?

—Los católicos creen que los animales no tienen alma —dijo Sophie.

—Esa gente no es católica. ¿De qué hablas? Van todos a la *iglesia*\* pentecostal que hay más arriba.

El gato había empezado a limpiarse los bigotes. Sophie volvió a acariciarle el lomo y pasó los dedos por él hasta el peludo recodo donde el rabo se alzaba en vertical. El gato se arqueó violentamente contra su mano. Sophie sonrió, preguntándose con qué frecuencia, o si alguna vez, lo habían acariciado, y seguía sonriendo cuando el gato se puso a dos patas, y también cuando sacó las uñas y la atacó, hasta el mismo instante en que le hincó los dientes en el dorso de la mano izquierda y estiró con tanta fuerza que ella casi se cayó hacia delante, atónita y horrorizada, pero lo bastante consciente de la presencia de Otto como para contener el grito que le surgió en la garganta cuando intentó sacar la mano de ese círculo de alambre de espino. Empujó con la otra mano y, cuando el sudor le perló la frente, cuando el dolor le atenazó la carne, dijo al gato: «¡No, no, para!», como si no hubiera hecho nada más que pedirle comida y, pese al dolor y la turbación que sentía, le asombró oírse la voz tan serena. Entonces, de golpe, las uñas la soltaron y se retiraron como si fuera a atacarla otra vez, pero luego el gato se dio la vuelta —como si volara— y saltó del porche para perderse entre las sombras del jardín.

—¿Sophie? ¿Qué ha pasado?

\* En español en el original. [N. de la T.]

—Nada —respondió ella—. Voy por el té. —Cerró la puerta y fue rápidamente a la cocina, siempre de espaldas a Otto. Le palpitaba el corazón. Probó a respirar hondo para reducir el ruido sordo de sus latidos y se asombró por un instante de la vergüenza que sentía, como si la hubieran sorprendido en algún acto deleznable.

De pie junto al fregadero, apretando los puños, se dijo que no era nada. El largo arañazo de la base del pulgar apenas le sangraba, pero el mordisco lo hacía a borbotones. Abrió el grifo. Parecía que no le quedara sangre en las manos; las pequeñas manchas parecidas a pecas que habían empezado a salirle durante el invierno estaban amortadas. Se apoyó contra el fregadero, preguntándose si iba a desmayarse. Luego se lavó las manos con jabón de cocina. Se lamió la piel, que le supo a jabón y a sangre, y se cubrió el mordisco con papel de cocina.

Cuando regresó con el té, Otto estaba hojeando unos documentos legales encuadrados con tapas azules. Alzó la vista para mirarla y ella le sostuvo la mirada con aparente calma; luego dejó el té delante de él con la mano derecha y escondió la izquierda a un lado del cuerpo. Aun así, Otto parecía un poco desconcertado, como si hubiera oído un ruido que no sabía identificar. Para evitar cualquier pregunta, Sophie se le adelantó interesándose por si quería fruta. Él dijo que no y el momento pasó.

—Has dejado la puerta abierta. Tienes que echar la llave, Sophie, o si no se abre sola.

Sophie volvió a cerrar la puerta y echó la llave. A través del cristal, vio el platillo. Ya tenía algunas motas de hollín. Había dejado de fumar en otoño, pero no parecía que sirviera de mucho. «No puedo volver a abrir la puerta», se dijo.

—Ya está—dijo Otto. Suspiró—. Por fin.

—¿El qué?

—Sophie, Sophie. Ya nunca me prestas atención. Charlie se ha ido hoy, a su nuevo bufete. Ni tan siquiera me había dicho que había encontrado un local hasta esta mañana. Ha dicho que quería que fuera una ruptura limpia. «Si necesito los expedientes, ¿puedo llamarte?». Eso es lo que me ha preguntado. Incluso con una pregunta tan simple, da a entender que yo puedo ser poco razonable.

Sophie se sentó, con la mano izquierda en el regazo.

—Nunca me has hablado mucho del tema—dijo.

—No había mucho que decir. En este último año, no hemos estado de acuerdo en nada, en nada en absoluto. Si yo decía que iba a llover, Charlie se tiraba del labio inferior y decía que no, que no iba a llover. Después de leerse la previsión del tiempo a fondo, consideraba que iba a hacer un día estupendo. Debería haber aprendido hace mucho tiempo que el carácter no cambia. Yo he hecho todos los cambios superficiales que he podido.

—Lleváis juntos mucho tiempo. ¿Por qué habéis llegado a esta situación ahora?

—No me gusta la gente nueva con la que se ha juntado, los clientes. Sé lo que siempre ha pasado en el bufete. Yo hacía el trabajo aburrido mientras Charlie se ponía sus sombreros raros y se camelaba a todo el mundo con su encanto personal. Su postura siempre ha sido negar que la ley lo es todo menos un chiste irónico, y eso obra maravillas con muchas personas.

—Será difícil que nos veamos. ¿No crees que lo será? Ruth y yo nunca hemos sido íntimas, pero nos apañábamos. ¿Cómo dejas de ver a la gente sin más? ¿Y el barco?

—Dejas de verla sin más, eso haces. Este invierno ha sido horrible. No tienes ni idea de la gente que había en la sala de espera, un ejército de mendigos. Hoy me ha dicho que a algunos clientes les intimidaba la suntuosidad del bufete, que estarán más cómodos en el nuevo. Luego ha dicho que yo me marchitaría y desaparecería si, en sus propias palabras, no me conectaba con el mundo. ¡Santo Dios! Tendrías que oírlo hablar, ¡como si lo hubieran hecho santo! Uno de sus clientes acusó a la recepcionista de ser racista por pedirle que utilizara el cenicero en vez de apagar la colilla en la alfombra. Y hoy, dos hombres que parecían espías de tebeo le han ayudado a meter sus dichosas cosas en cajas. No, no vamos a vernos, y puede quedarse con el barco. Nunca me ha importado mucho. En realidad, sólo ha sido una carga.

Sophie hizo una mueca cuando notó una punzada de dolor. Otto la miró con el ceño fruncido y ella notó que creía que no le había gustado lo que él acababa de decir. Se lo explicaría ahora, ¿por qué no? El incidente con el gato era una tontería. Transcurrida media hora, le asombraba el terror que había sentido; y la vergüenza.

—El gato me ha arañado —dijo. Otto se levantó de inmediato y rodeó la mesa para acercarse a ella.

—Déjame verlo.

Sophie le enseñó la mano. Le dolía. Otto se la tocó con delicadeza y puso cara de preocupación. A ella se le pasó por la cabeza que su compasión se debía a que el gato había justificado así sus advertencias contra él.

—¿Te la has lavado? ¿Te has puesto algo?

—Sí, sí —respondió ella con impaciencia, viendo cómo la sangre se filtraba por el papel, pensando que, si la hemorragia cesaba, eso le pondría fin a esta historia.

—Bueno, lo siento, cariño. Pero no ha sido buena idea darle de comer.

—No, no lo ha sido.

—¿Te duele?

—Un poco. Como la picadura de un insecto.

—Estate un rato tranquila. Lee el periódico.

Otto recogió la mesa, metió los platos en el lavavajillas, puso los higadillos que habían sobrado en un cuenco y dejó la cazuela en remojo. Mientras trabajaba, lanzaba miradas a Sophie, que estaba sentada muy erguida, con el periódico en el regazo. Su inmovilidad, tan impropia de ella, lo conmovía de una forma curiosa. Parecía que estuviera atenta a oír algún ruido, esperando.

Sentada en el salón, Sophie tenía los ojos clavados en la primera página del periódico. La mano había empezado a latirle. Sólo era la mano, se dijo, pero parecía afectarle al resto del cuerpo de una forma que no lograba entender. Era como si la hubieran herido de muerte.

Otto entró en el salón.

—¿Qué vas a ponerte? —le preguntó en tono alegre.

—El vestido de Pucci —respondió ella—, aunque creo que me he puesto demasiado gorda para llevarlo. —Se levantó—. Otto, ¿por qué me ha mordido? Lo estaba acariciando.

—Creía que sólo te había arañado.

—Da igual..., pero ¿por qué me ha atacado de esa forma? —Se dirigieron a la escalera. La barandilla de caoba relucía bajo la luz amarillenta y mortecina de un globo victoriano de cristal esmerilado colgado del techo. Otto y ella habían tardado una semana en sacar la vieja pintura negra de la barandilla. Fue lo primero que hicieron juntos después de comprar la casa.

—Porque es salvaje —respondió él—. Porque lo único que quería de ti era comida. —Puso el pie en el primer pedazo y dijo, como si hablara para sus adentros—: Me irá mejor solo.

—Tú siempre has tenido tus propios clientes —dijo Sophie, malhumorada, cerrando y abriendo la mano lastimada—. No veo por qué no podéis seguir juntos.

—Tanto melodrama... No puedo con eso. Y él no podía dejarlo correr. Si yo no estaba con él, estaba contra él. No digo que no sean casos justos. No digo que no haya ninguna clase de justicia en el mundo. Pero conozco a Charlie. Está utilizando a esas personas y sus casos. No quiere quedarse fuera. Y yo quiero quedarme fuera. Oh..., ya era hora de que todo terminara. Ya nos hemos sacado todo el jugo. Lo cierto es que yo no me cae bien.

—Me pregunto cómo se siente él.

—Como el actor Paul Muni, defendiendo a los indeseables. Esos abogados no han existido nunca. ¿Te acuerdas? ¿De las películas de los años treinta? ¿Con médicos y abogados jóvenes que se van al quinto pino para instruir a los palurdos?

—¡Paul Muni! Charlie tiene razón —dijo ella—. Eres de otro siglo.

—Eso es cierto.

—¡Pero Charlie no es mala persona! —exclamó Sophie.

—Yo no he dicho que lo sea. Es irresponsable, vanidoso y un histérico. Ser mala persona no tiene nada que ver con eso.

—¡Irresponsable! ¿Qué quieres decir con irresponsable?

—¡Cállate! —dijo Otto. La abrazó.

—¡Cuidado! —replicó ella—. Voy a mancharte de sangre.